

# La cultura y lo cultural

en la perspectiva universitaria: ¿entretenimiento, consumo, o construcción de ciudadanías?

Edgar Bolívar R.

**H**ace cinco años, y por unas pocas semanas, la Cultura o, mejor, lo cultural, quedó inscrito en el Plan de Desarrollo del Alma Máter como parte del sector estratégico único en el Plan de Desarrollo de la Universidad de Antioquia 2006–2016. La metodología adoptada, basada en consultas escalonadas y sectorizadas, producción de documentos y sesiones de deliberación entre los diferentes grupos de trabajo y el círculo directivo de la Institución, posibilitaron que la naciente Red de Cultura impulsara una iniciativa universitaria por la cultura y para ella, con las sedes y seccionales y desde ellas.

Inspirada en un propósito envolvente e incluyente, la iniciativa, respaldada en la existencia de un plan cultural propio y además pionero en Colombia, abrió paso al reconocimiento de lo cultural más allá del espectáculo y de un agregado de actividades

del tiempo libre, para pensarse como una dimensión contenedora de la praxis científica, la creación artística, la innovación tecnológica y la formación humanística, componentes compartidos por el entramado de disciplinas y profesiones, pero institucionalmente deshilvanados y encasillados en visiones y prácticas tradicionales de la extensión universitaria, cuyo impacto, al hacer balance, era mínimo o inexistente en la valoración del legado cultural de cada campo del saber y la apropiación del mismo como un ejercicio identitario racional, articulado al desenvolvimiento de la docencia, la investigación y la proyección a la sociedad y el entorno.

Es cierto que aquella suerte de espejismo, ingresar como sector estratégico en el Plan de Desarrollo de la Universidad de Antioquia durante una década, no era fácil de sostener frente al peso institucional de las ciencias “duras”, la urgencia de la aplicación de los



Club Fotográfico, Posesión del rector Ignacio Vélez Escobar, 1963, fotografía, Fondo Liceo Antioqueño, Museo Universitario Universidad de Antioquia.

avances de la ciencia y la tecnología a la resolución de problemas prácticos, y el ingreso a una era de innovaciones y emprendimientos que parecería surgir de pronto, sobre un armazón de bits, hologramas, virtualidad y genomas que disolvían viejas fronteras en el modelo de facultades y carreras autosuficientes e incomunicadas.

Era insostenible la percepción y el señalamiento de la cultura como un obstáculo al desarrollo porque desaceleraba los ritmos de crecimiento. Menos la idea de que la única cultura válida era aquella disuelta en códigos de refinamiento, erudición y cánones europeizantes, en contravía del horizonte abierto por la Constitución Política, al situarla en la raíz de la nacionalidad (artículo 70), y en una visión de país diverso, pluriétnico y multicultural. Se diluía, eso sí, la imagen de una Colombia homogénea, monolingüe, blanca y citadina, para dibujarse un paisaje de heterogeneidad, biodiversidad y diversidad lingüística, en un país mestizo, afrodescendiente e indígena, dolorosamente

atravesado por la inequidad, el conflicto, el desplazamiento forzado y el desmantelamiento de las regiones, los campos y los poblados.

Tan contundente realidad no admitía que la cultura y lo cultural se asumieran como adorno del ocio y privilegio de minorías letradas y sensibilizadas a consumos de signos y símbolos etiquetados con un sello de distinción. La Universidad no podía, en el universalismo que la define, permanecer indiferente a la valoración que superaba los lugares comunes de “lo folclórico”, ni mantenerse como una aduana del “buen gusto”, parapetada en el marco de un modelo único y excluyente, propio de la “gente bien”; es decir, educada, cultivada y sensible, como moldeada por las maneras del manual de Carreño, anacrónico y divertido libreto de la dramaturgia social de las interacciones y encuentros en la vida de salón y los protocolos y venias de las ciudades republicanas, las mismas que se autodefinían como “Atenas suramericana”, “Tacita de plata” y otras

metáforas románticas. Cuando se escudriña la vida cotidiana de la Universidad, hasta hace un poco más de la mitad del siglo veinte, sorprende ver en fotografía a las directivas, los profesores y estudiantes, a la cabeza de las procesiones religiosas, los desfiles de las fiestas patrias, las marchas de los eventos cívicos, como una muestra de su integración a los símbolos e insignias del poder y prestigio propios de los valores y el espíritu aldeano de la “capital de la montaña”.

En contraste, el informe Unesco de 1996, *Nuestra diversidad creativa*, provocó un salto cualitativo al reconocer que la cultura, más que un componente instrumental o estratégico del desarrollo, se convertía en su finalidad última:

“La cultura no es, pues, un instrumento del progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud”.

Instrumentos intergubernamentales para la formulación de políticas culturales, como el Plan de Acción de la reunión de Estocolmo (Unesco, 1998) afirma que “el desarrollo sostenible y el auge de la cultura dependen mutuamente”. En consecuencia, términos o propósitos habitualmente justificadores de la acción cultural, sustentados en las ideas “rescatar”, “fortalecer” identidades, o en la conservación de activaciones patrimoniales

subsidiarias de un relato hegemónico sobre la Nación, empezaron a formar parte de una serie de anacronismos conceptuales orientados hacia el pasado, en una tarea improductiva y estéril, y las más de las veces fuente de despilfarro de recursos siempre escasos.

Es ahí cuando llega la hora de pensar la Universidad con las regiones y desde ellas, por las regiones y para ellas. Pero nada más difícil que llegar a un acuerdo sobre qué es región, y un ejemplo de ello se ubica en el extremo de afirmar que la región es el lugar o territorio en el que se encuentra trabajando el investigador en ese momento. Es obvio que el concepto alude a una dimensión o un referente cruzado por espacialidades y temporalidades que le dan sentido a lo local, la comarca, la provincia, y territorialidades mayores y más complejas, que no asumen los rasgos político-administrativos de un Departamento, pero que conforman su matriz histórico-social y nutren de contenido los perfiles económicos, culturales y geográficos de tales entidades de integración hasta dar realidad y sustento a un proyecto de Nación.

Ingresábamos de lleno al compromiso de construir políticas culturales, más que de continuar en la programación rutinaria de “eventos” y conmemoración de efemérides, bajo el comodín de un “humanismo” abstracto y despojado de sentido en el modelo de la “formación integral”. Prueba de ello fue la participación institucional en el proceso de



Actividades culturales en Ciudad Universitaria, archivo Extensión Cultural

elaboración del Plan Departamental de Cultura 2006-2020. Antioquia en sus diversas voces, actual derrotero de políticas sectoriales, producto de la coordinación y construcción conceptual con el aporte de la Universidad de Antioquia. En este Plan, Antioquia se representa de modo denso en su articulación regional, se actualiza la concepción del territorio en dinámicas de mediano y largo plazo y, como suele decirse hoy, se hace una apuesta al descentramiento y la descentralización del fomento, el estímulo, la participación y la gestión de lo cultural en el conjunto de las regiones y la diversidad sobre la que se erige la visión de una Antioquia en la perspectiva de los derechos culturales.

En el trasfondo de las transformaciones, en la manera de imaginar el desarrollo, y en un efecto de retroalimentación, la Red Cultural, bajo el liderazgo del Departamento de

Extensión Cultural, se impuso la tarea de formular un Plan Cultural de largo plazo, para una Universidad pertinente y diversa, llevando a cabo un ejercicio inédito de planeación, reconocido y emulado como tal por una amplia red de universidades colombianas, un producto significativo elevado sobre las nuevas perspectivas de la cultura y lo cultural, entendidas en pocas palabras como:

- Procesos históricos dentro de los cuales las sociedades se construyen a sí mismas en interacción con otras.
- Formas de entender e interpretar la realidad.
- Hilos con los que se teje la experiencia, la memoria y la imaginación singular de cada grupo social.<sup>1</sup>

La cultura, como sustrato simbólico y dimensión de la existencia social, ha dejado de ser una matriz estática determinada por rasgos esenciales y atemporales, o una sustancia determinada o adherida a los genes de este o aquel grupo humano, o como un producto espontáneo de las características de la geografía. En la perspectiva universitaria, y más aún de universidad pública, era ineludible mirarnos hacia adentro desde el prisma de las sedes y seccionales, es decir, más allá del Paraninfo o del bloque administrativo de la ciudadela localizada entre la calle Barranquilla y el Parque Norte, ahora territorio Explora.

A partir de sabias advertencias ya conocidas, se fue articulando un tejido de aspiraciones inexploradas, con acento en las disciplinas, las carreras y sus currículos, los campos de práctica, las identidades sociales profesionales, la formación de comunidades científicas, el desconocido universo de los egresados y otros ítems, con fundamento en una consulta a la Universidad pensada bajo un nuevo punto de partida que posibilitara tender puentes y vínculos sobre las profundas brechas entre ciencia y humanismo, enunciadas por Michel Serres:

Los ingenieros y los científicos al formarse sin las humanidades, son expertos que realizan utopías sin pasado, que no tienen en cuenta el peso de la historia y de la cultura. Por su parte, los intelectuales sólo hablan de cultura, de política y de sociología. Su desconocimiento de la ciencia y de las técnicas les impide tener contacto con el mundo actual. [...] Estamos, de un lado, frente a una población que es culta pero completamente ignorante y, por otra parte, ante quienes son expertos pero están totalmente alejados de la historia, del pasado y de la profunda espesura cultural que el pasado otorga al presente.<sup>2</sup>

De ahí que fuera necesario superar los objetivos instrumentales de una Universidad interesada en “promover el desarrollo

científico, tecnológico y humanístico”, pues ¿cómo imaginar tal desarrollo sin reconocer, en lo que se calificaba como “tríada inseparable”, un lugar explícito para la cultura y lo cultural? ¿Cómo ingresar a la era de la información, la sociedad del conocimiento y el mundo de las innovaciones, sin reconocer la existencia de ese sustrato indispensable?

En otro lugar habrá espacio para el registro de la memoria detallada de esa “ronda” de consulta y reflexión, a partir de cinco interrogantes básicos: ¿Cuál debe ser el papel de la Universidad en el desarrollo cultural del Departamento de Antioquia? ¿Cuáles deben ser los énfasis en los que ha de concentrar su acción desde el punto de vista de la cultura? ¿Qué debe hacerse internamente para lograrlo (infraestructura, formación, financiación, organización institucional, comunicaciones, publicaciones, proyectos, etc.)? ¿Qué tipo de alianzas y articulaciones deben priorizarse para tal propósito? ¿Cómo imagina la participación de su área o dependencia en tal proceso a diez años?

No se puede desconocer que se han dado cambios significativos en la concepción y puesta en práctica de la Extensión Universitaria, tratando de modificar el eje de las coordenadas tradicionales de la relación centro–periferia, capital–provincias, Medellín–resto de Antioquia. En muchos campos de las ahora denominadas “industrias culturales” o “industrias de contenido”, la



Entrega del Premio Nacional de Cultura por Reconocimiento a Jaime Jaramillo Uribe por parte del Doctor Alberto Uribe Correa, rector Universidad de Antioquia, 2009, archivo Extensión Cultural

Universidad de Antioquia ha cimentado una experiencia reconocida en el campo editorial, la radio universitaria, la televisión universitaria, los premios nacionales a la creación y la investigación, y otras manifestaciones de evidente convocatoria e impacto regional y nacional.

Pero también es cierto que la prolongada fase de acreditación ha puesto a las diversas unidades y áreas frente al espejo de su propio quehacer y de sus acumulados; adicional a los méritos obtenidos en tal proceso, cierta insatisfacción, que podríamos parafrasear como “malestar en la cultura”, se experimenta en las transformaciones del ejercicio docente en manos de un ejército de profesores de cátedra, en la ruptura de la comunicación entre grupos e investigadores escalonados en la pirámide de Colciencias, entre éstos y los estudiantes que apenas ingresan, en la furiosa

competitividad por las publicaciones internacionales, en la difícil adaptación de etnias y grupos minoritarios que demandan acompañamiento, trato preferencial y adecuadas tutorías en el marco de su permanencia y vivencia universitaria, y muchos otros asuntos propios de idiosincrasias regionales, parcelas intelectuales, o del microcosmos de las interacciones cargadas de signos de descalificación y arrogancia, como se vive en aquellas áreas y facultades donde lo habitual es percibir y valorar las demás áreas y profesiones con una mirada “por encima del hombro”, como si se tratara de alteridades lejanas y amenazantes.

Por fortuna, aunque no suficientemente asumido, la dilución de las “fronteras” disciplinares, el surgimiento de nuevos campos y objetos de investigación, así como la prédica y la práctica de la transdisciplinariedad, abren nuevos territorios:

“Los límites, después de todo no existen simplemente como líneas en un mapa; denotan posesiones territoriales que pueden invadirse, colonizarse y resignarse. Algunas son defendidas con una fuerza tal que las hace prácticamente impenetrables; otras, débilmente constituidas, quedan abiertas al tráfico entrante y saliente”.<sup>3</sup>

Es un momento oportuno, estoy convencido de ello, para releer y actualizar el Plan de

Cultura Universidad de Antioquia desde el caleidoscopio de la diversidad regional, las sedes, las facultades y los distintos “estamentos” universitarios. Un intenso y respetuoso ejercicio reflexivo, entrelazado con un debate permanente, abierto y creativo, público e incluyente de todos quienes sientan que tienen algo que decir al respecto, es una asignatura pendiente que ha tomado la forma de una deuda con la sociedad y el país. Sería interesante conocer también las voces de quienes, con argumentos, discreparían acerca del valor de estos asuntos. A fin de cuentas, la libertad de pensamiento y el derecho a controvertir son actividades propias de la vida universitaria, pertenecen al carácter público, abierto, incluyente y no confesional de una institución en la cual todo puede y debe ser discutido, todo puede y debe pasar por el debate y la argumentación, hoy más que ayer cuando todas las pretendidas verdades universales son cada vez más provisionales, inestables y relativas, a la luz de los distintos modos de conocimiento y representación simbólica de la realidad. En estos atributos ancla la pertinencia de la Universidad y la razón de ser de un plan y unas políticas culturales de largo y fecundo alcance.

## Referencias

1. SERJE, Margarita, “Palabras para desarmar. Una mirada crítica al lenguaje de la interculturalidad en Colombia”, Bogotá, Ministerio de Cultura — ICANH—, 2002.
2. SERRES, Michel, ¿Cómo acabar con el divorcio entre científicos y humanistas?, entrevista, 1995, s. m. d.
3. BECHER, Tony, Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas. 2001, Barcelona, Gedisa, p. 59.

Edgar Bolívar R. es antropólogo, profesor del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. Hace parte de la Red de Cultura de la misma Universidad. Escribió este artículo para la Agenda Cultural Alma Máter.